

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

14



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1973

no sólo en la etapa de superación individual, entendida como esfuerzo de continuo perfeccionamiento y expansión de los valores, sino también en la posibilidad de crear un orden mejor por encima de las rígidas estructuras tradicionales. El Humanismo renacentista, si no elimina, por cierto reduce el impacto de lo sobrenatural en la historia al paso que acentúa la importancia del individuo en la acción coordinada de los grupos humanos. Alfonso Reyes lo reconoce en forma explícita: "El Renacimiento volverá a la inspiración clásica, e intentará la reducción de la historia a las solas causas humanas."² De semejante concepción emerge la valorización del hombre natural. Este logra la plenitud de la persona gracias a la obra de la *paideia*, cuyo poder modificador había producido las normas de una superior humanidad en tiempos de Pericles. Su objetivo es la *areté* helénica, facultad sinónima de la *virtus* latina, que puede realizarse dentro de un contexto natural, sin la intercesión de la gracia. Lo humano del hombre (*humanitas*) es la esencia común que enlaza a todos los hombres con un vínculo de hermandad natural, acentuada por el atamen de hermandad teológica tradicional, por ser todos hijos del mismo Padre espiritual.

La corriente humanística consagra el triunfo del individuo o, por decirlo con Reyes, "va a hacer del hombre natural —que antes era como un diminuto agregado dentro de una corporación espiritual y política— un centro de interés".³ y como el individuo es perfectible, surge la posibilidad de una regeneración social que corra pareja con la regeneración individual. Por ese camino, se fortalece la fe en una sociedad perfecta, realizada por los seres humanos, quienes pueden lograr en ella el ideal perdido de la felicidad terrenal. La lección teórica del mejoramiento ético en el plano individual adquiere un empuje militante en el plano de las reformas sociales, tanto en la persona del príncipe ideal en oposición al príncipe maquiavélico como en las instituciones y las normas jurídicas.

Alfonso Reyes se sintió fascinado por el ideal utópico, columbrado por los humanistas renacentistas con miras a la hermandad humana y al bienestar universal.⁴ En la transición de la época medieval a la moderna, Reyes

² A. REYES, *Estudios helénicos*, en Vol. XVIII de las *Obras completas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), p. 179. Las citas alfonsinas que aparecen a continuación se sacan de esa colección de sus obras indicando el tomo y página después de la abreviatura *OC*.

³ A. REYES, *Capítulos de literatura española. II serie*, *OC*, VI, 231-32.

⁴ El tema utópico se encuentra con cierta frecuencia en varios libros de Alfonso Reyes. En particular, véase el ensayo sobre "La Atlántida castigada," *Sirtes* (México: Tezontle, 1949); "El presagio de América," *Última Tule*, *OC*, XI, 11-62; "Las utopías," *Los trabajos y los días*, *OC*, IX, 274-77; "La novela de Platón," *Junta de sombras*, *OC*, XVII, 233-535; *No hay tal lugar*, *OC*, XI, 336-89. Además, se hace re-

ve que esa idea cobra cuerpo y forma a través de tres vertientes. A saber: la tradición mitológica clásica, emparentada con la noción edénica bíblica; la visión de una sociedad utópica, enraizada en la creación literaria humanista; y el movimiento cosmopolita, basado en la cohesión de los grupos ilustrados por encima de las diferencias raciales, religiosas, nacionales y culturales.

La corriente mitológica y prehistórica abre una nueva ruta que sale del manuscrito clásico. Se desorienta por distintos caminos durante la Edad Media. Se concreta con el Humanismo. Se re-crea como triunfo artístico en el Renacimiento gracias al genio cervantino.⁵ Es el mito de la Edad de Oro, la primera de las edades hesiódicas, que evoca el recuerdo del Edén, lugar o estado de felicidad terrenal, enlace entre la inocencia natural y la gracia divina, beata infancia del género humano aún incontaminado por el pecado y la caída. El mito de la Edad de Oro tuvo muchas variantes entre los pueblos antiguos y se difundió por las regiones más apartadas. Sus rasgos fundamentales pueden resumirse de la siguiente manera siguiendo a Alfonso Reyes:

a) Disciplinado anarquismo: "En la Edad de Oro no había leyes ni legisladores, y todo era paz y ventura";

b) Lozanía física y psíquica: "Se ignoraba el mal y no existían las enfermedades... Los hombres alcanzaban una larga vejez, y luego eran transportados en sueños al reino de los espíritus";

c) Abundancia, como en tierra del pipiripao: "La Tierra ofrecía gratuitamente sus frutos, los árboles destilaban miel, los ríos manaban vino y leche";

ferencia al curso sobre "El pensamiento político de los griegos" ofrecido en El Colegio Nacional de México en 1950 y a otro curso que tenía preparado sobre "Los primeros siglos de la literatura francesa," a propósito del tema de San Balandrán.

⁵ Cf. A. REYES, *Estudios helénicos*, *OC*, XVIII, 42: "Don Quijote, ante los asombrados cabreros, evocará un día la Edad Áurea con acento comparable al de Hesíodo". En *Tres alcances a Góngora*, *OC*, VII, 224, Reyes añade que "la célebre escena de don Quijote y los cabreros procede en 'sinécdoque mental': la bellota lleva a la encina, la encina a la Edad de Oro, y don Quijote, con un puñado de bellotas, imagina tener en la mano un compendio de los 'siglos dichosos', y habla de ellos creyendo que todos lo entienden". Refiriéndose a ese episodio, Harry Levin, en la introducción de su trabajo *The Myth of the Golden Age in the Renaissance* (Bloomington: Indiana University Press, 1969), p. xxii, contradice cierto acercamiento arbitrario establecido por Elizabeth Armstrong, *Ronsard and the Age of Gold* (Cambridge, 1968), afirmando que "to strengthen her claims for Ronsard's originality, Mrs. Armstrong discusses the association between Don Quixote's discourse on the golden age and the handful of acorns that sets it off. 'Wouldn't even he have been able to produce this particular association of ideas,' she asks, 'had Ronsard not pioneered it a generation before.' It would be my answer that Cervantes had many nearer sources, and that Ronsard was by no means a pioneer in this respect."

d) Libertad de las rutinas y gozo a pierna suelta: "Nadie necesitaba trabajar para el sustento";

e) Libertad de las preocupaciones materialísticas: "Se vivía en comunidad de bienes. No había armas ni guerras, ni hacía falta la navegación porque todo se encontraba en casa."⁶

Esa dichosa edad del género humano se ubica bajo el proto-dios Cronos, esto es, la época de los orígenes cósmicos. Lo cual no deja de tener, según Reyes, su contradicción interna, puesto que el hombre, de acuerdo con el mito griego, no había aparecido aún. El hombre, según la tradición más autorizada, fue modelado por Prometeo con barro de Panopea, en Beocia, y luego Atenea comunicó el primer soplo de vida al inerte muñeco. Esto pudo ocurrir en época posterior, bajo el reinado de Zeus. De todos modos, no faltan otros mitos griegos que atribuyen el origen del hombre a generación espontánea del suelo o de los planetas, a la autoctonía ateniense, y a otros procesos. De acuerdo con los misterios órficos, "el primer hombre fue amasado con las cenizas de los Titanes a quienes Zeus fulminó después que ellos hubieron devorado los restos de Dioniso Zagreo: lo cual explicaría la doble y contradictoria naturaleza del hombre, ya titánica ya divina por los principios que se juntaron en su elaboración".⁷ El mito de la Edad de Oro viene a rescatar el impulso de lo divino en el hombre.

A través de los siglos, ese mito permanece como una aspiración latente: un deseo reprimido o expreso de escaparse de las dificultades de la vida hacia espejismos espaciales, como las Islas Afortunadas, o hacia estados de vida idealizados, como la Caballería. Se trata de un mito que alienta la nostalgia intrínseca en el individuo: nostalgia en el tiempo, que explica tanto el refugio de la conciencia individual en los recuerdos de infancia como la fuga de la conciencia colectiva hacia visiones edénicas. Con los humanistas, esa nostalgia colectiva se acentúa en forma de renovación social. El movimiento depurador de los textos antiguos se actualiza como esfuerzo realizador de los mitos antiguos. La sabia constitución de la Atlántida y de la república ideal de Platón, el Aleccionamiento de la república real de Tito Livio, la visión de mesiánica redención en la bucólica de Virgilio, y sobre todo, el estímulo por renovar la vida presente a imagen de lo clásico, todo conduce a una palingenesis ético-social sin convulsiones violentas. Con los humanistas se inicia la más difícil de las revoluciones —la revolución interior— y se afirma de un modo aparentemente contradictorio, puesto que se adelanta lo nuevo so color de lo viejo y se renueva el presente en nombre del pasado. En breve, se superan los desconectados ciclos históricos reanu-

⁶ A. REYES, *Mitología griega*, OC, XVI, 397-98.

⁷ *Loc. cit.*, p. 392 et passim.

dándolos en una coincidencia de dos planos: el plano ideal heredado del mito y el plano real heredado de la historia. La herencia mitológica sirve de antídoto a la herencia histórica, de la cual el hombre había recibido crueles pasiones, el impulso de destruir obras y vidas, la voluntad de someter a los débiles, el empeño de obligar a los inteligentes al conformismo bajo amenaza del fuego eterno, cuando no de la hoguera temporal.

No bien se realiza el descubrimiento de América, vuelve a cobrar vida el mito de la Edad de Oro resucitando el oleaje de promesas y redenciones. Europa, como siempre, es el centro de la acción mundial, pues allí se acrisola lo anímico. Pero el punto de referencia espacial en América, con una doble vertiente transatlántica: o tiende del alma europea hacia el Nuevo Mundo, o brota del Nuevo Mundo hacia el alma europea. En ambos casos, la ilusión apetece realizarse: "La idea de que existe un reino de la felicidad donde los hombres son naturalmente buenos —lejano bosquejo del sueño filosófico de Rousseau— cunde por todas partes."⁸ En vísperas del descubrimiento de América, el Cardenal Aliaco no sólo representa seres fantásticos, como los macrobios con cuerpo de león y garras de águila, los cíclopes, las amazonas, los monopodios, los acéfalos, y otros bichos raros, sino que cree también "en la existencia de gente beatísima, en los hiperbóreos casi inmortales, de que algunos suelen suicidarse hartos ya de felicidad y de vida" (*Ibid.*).

América se asoma a la historia "como la nereida de la égloga marina" y fomenta un nuevo género literario: "Los humanistas resucitan el estilo de la novela política, a la manera de Platón, y empiezan, con los ojos puestos en el Nuevo Mundo, a idear una humanidad más dichosa."⁹ Claro que ese ideal de un mundo mejor aflora también en obras medievales, como la *Ciudad de Dios* de San Agustín; como el *Blanquerna* del Doctor Iluminado, quien abulta las dimensiones de lo real y la concepción de la Caballería para el logro de una humanidad mejor; como el *Milione* de Marco Polo o los relatos de sus epígonos, de los cuales emergen sociedades estilizadas con arreglo al canon de cierta perfección humana. Pero hay una diferencia fundamental entre las dos nociones alfonsinas de "quijotismo oriental" y "quijotismo americano". Aquél es color, descripción pintoresca, lejanía inaccesible a las aspiraciones europeas; éste, en cambio, es un centro de convergencia, una atracción inmanente, el polo orientador de los anhelos del hombre occidental.

Los humanistas, seres dotados de alma cristiana con mente pagana, impresionados por la sencillez de costumbres y la justicia del orden social entre los indígenas de América, creen ver realizado entre ellos el mito de "la Edad de Oro, el estado de inocencia natural, sin querer darse por entendida

⁸ A. REYES, *Última Tule*, OC, XI, 42.

⁹ *Loc. cit.*, p. 58.

de lo que había de herético en esta noción" (*Ibid.*). En particular, el humanista Pedro Mártir prepara, con su "filósofo desnudo", al noble salvaje de Rousseau. Más tarde, en el momento culminante del Renacimiento, Cervantes ensalza este mito en la conmovida evocación de su ingenioso hidalgo. Su presencia se hace sentir en los mejores escritores del Renacimiento europeo: Erasmo, Moro, Rabelais, Montaigne, Tasso, Bacon, Campanella. De tal modo, el humanismo literario, que había avivado el humanismo activista de los exploradores, se remata en humanismo ético, más intensamente humano en su contenido y propósitos: "Si Juan de Ponce delira por encontrar la surgente de la juventud eterna en la Florida, los filósofos piden al Nuevo Mundo un estímulo para el perfeccionamiento político de los pueblos."¹⁰

El humanista que lleva la voz cantante en esta tendencia literaria es el inglés Tomás Moro (también Morus o More). En él se remata la esencia del movimiento utópico. El propio nombre de lo utópico es su invento. Deriva de su *Utopía* (en forma completa: *De Optimo Reipublicae Statu deque Nova Insula Utopia*, 1516), cuya etimología griega traduce vívidamente Quededo por "no hay tal lugar".¹¹ Sobre ese tema suda la prensa en el siglo sucesivo, en que aparecen, entre otras, las siguientes obras de índole utópica: la *Ciudad del Sol* de Campanella (1620), la *Nueva Atlántida* de Bacon (1627), y la *Oceana* de Harrington (1656).¹² La *Utopía* de Moro nace como reacción contra la mala política del gobierno inglés que expropia los bienes raíces de las ciudades en beneficio de cortesanos con el rey en el cuerpo. En su propósito de establecer enormes latifundios para la remunerativa industria lanar, los ávidos gobernantes no se pierden en repulgos de la empanada ante los derechos de los pobres. Por culpa de los magnates laneros, se llega al absurdo de que las tímidas ovejas se convierten en mons-

¹⁰ *Ibid.* Cf. también *No hay tal lugar*, OC, XI, 346.

¹¹ *Loc. cit.*, p. 338.

¹² ALFONSO REYES no es excesivamente favorable a la obra de Campanella, que tanto influyó sobre Fernán Pérez de Oliva y otros autores españoles. La considera como "obra abstracta y fría, sin el aliento humano de Moro; concepción intelectualista y militar (hoy diríamos, a la prusiana), donde verdaderamente parece que pisamos el suelo duro y adamantino de otro planeta". La *Nueva Atlántida* de Bacon se le antoja como la expresión típica del genio científico de su autor y, en cierta medida, cobija la confianza en la ciencia y sus aplicaciones prácticas del mundo yanqui: "Quiere que la ciencia nos dé, a toda prisa, la felicidad. En cuanto los numerosos mensajeros de la Nueva Atlántida tienen noticia de un invento cualquiera, lo traen a la Casa de Salomón para que allí acaben de perfeccionarlo y ensayen sus aplicaciones prácticas." De la *Oceana* de Harrington reconoce su influencia en la época colonial de Norteamérica, como también en el ambiente republicano de la independencia y en varios principios constitucionales de la América inglesa y, un poco, de Francia: cf. *No hay tal lugar*, OC, XI, 367-71.

truos que se tragan a los desamparados: siempre quiebra la soga por lo más delgado. Al perder sus tierras, los pobres se echan a la ventura y al banditismo, es decir, contra la ley, contra la paradoja de la ley, que antes los priva de lo suyo y luego los castiga por los efectos causados. Autor y estadista honrado, si los hay, Tomás Moro no echa buena sombra en la corte del "coronado Barba Azul de Inglaterra". Y de tal suerte, afirma Alfonso Reyes, "no tanto por apego a un dogma determinado, cuanto por apego a la decencia... prefirió morir 'ahorcado, arrastrado y desentrañado'".¹³ Entrando en materia, huelga destacar que la primera norma sobre la cual descansa la sociedad de Utopía es el trabajo obligatorio y su eua distribución: "La jornada de trabajo no pasa de las seis horas" (*Ibid.*). De tal modo, el trabajador, lejos de convertirse en mecánico instrumento de producción, tiene tiempo para cultivarse espiritualmente. Otro principio social es la abolición de la propiedad privada y del dinero. El intercambio de los bienes de consumo se realiza por canje directo en los grandes almacenes públicos. La abundancia económica tiene sus efectos benéficos sobre el alma humana: "¿Quién ha de quejarse, donde la tarea es tan dulce?" se pregunta el Sabio mexicano. "¿Quién ha de sentirse codicioso donde la abundancia es la ley?" (*Ibid.*). A la inversa de los europeos, los habitantes de Utopía desprecian las piedras y metales preciosos. El oro sirve para hacer cadenas para los esclavos y sambenitos para señalar a los criminales. En esa sociedad no se admite la pena de muerte, pero sí la esclavitud. Por suerte las leyes son pocas y bien claras: *corruptissima res publica, plurimae leges*. El jefe, Utopus, gobierna sabiamente armonizando a todos los grupos, y no armando a los ricos contra los pobres. La guerra es la peor que puede acontecer, y nadie espera gloria de ella. En caso de invasión, se entrega la defensa a unos mercenarios colindantes, con lo cual se reduce su número, y también se promueve la disensión interna entre los enemigos, se causan sublevaciones sociales, se concierta el asesinato de los caudillos civiles y militares. Estas afirmaciones de violencia parecen cosidas con hilo blanco dentro del contexto de moderación de la obra; en realidad, subrayan el pragmatismo británico del autor, quien justifica la muerte de unos pocos hombres peligrosos a fin de salvar el mayor número de habitantes. En él coexiste, según Reyes, una "mezcla de piedad estoica y de escepticismo ligero, de grave prudencia y travesura de humanista" (*Ibid.*).

La obra de Moro anticipa el "utilitarismo de Bontham y de Mill" y preconiza la "absoluta libertad religiosa" sostenida más tarde por Locke. Ciertas intuiciones preanuncian conquistas que enriquecieron el progreso posterior

¹³ *Loc. cit.*, p. 363.

de la humanidad.¹⁴ Por ejemplo: el uso de incubadoras en la cría de pollos; la selección de los estudiantes para sus carreras de acuerdo con sus aptitudes; la rehabilitación preventiva corrigiendo a tiempo las malas inclinaciones en lugar de castigar por el daño hecho. En fin, Moro sugiere una conciliación, tan propiamente humanista, entre las doctrinas cristianas y ciertos principios epicúreos, de tal suerte que el hombre trasciende el ascetismo medieval, esto es, se humaniza cultivando los placeres del cuerpo y del espíritu, en particular la salud, sin la cual se justifica una forma de voluntaria eutanasia.

El orden social de Moro no se adhiere, por supuesto, a la realidad del mundo europeo: para éste viene a plana y renglón la política de Maquiavelo. Pero en el Nuevo Mundo tiene distintas repercusiones. América es una tierra utópica. Todo gran proyecto es siempre un sueño utópico. A la postre, ¿no fue el Descubrimiento una idea utópica antes de realizarse como suceso histórico? Y si el Descubrimiento se realizó después que tan intensamente lo soñaron los humanistas prerrenacentistas, ¿no huelga cobijar la esperanza de que se realice la Utopía social porque tan verosímelmente la prefiguraron los humanistas del Renacimiento? El destino de América adquiere una nueva dimensión: "Comienza a definirse a los ojos de la humanidad como un posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa."¹⁵

Esa figuración utópica, con frecuencia, se pierde de vista en nuestro continente, y bien está que de cuando en cuando se levante la voz de algún humanista moderno que traiga a la memoria el mensaje de los antiguos escritores. América ha sido siempre un gran campo de experimentos sociales, desde muy temprano: "Vives y Moro, a través del obispo Vasco de Quiroga, inspiraron las Fundaciones de Michoacán, una de las varias utopías indígenas soñadas por los civilizadores de América."¹⁶ El otro experimento, de mayor alcance, fue el famoso Imperio Jesuítico, organizado sobre la base de un comunismo católico en el Paraguay y las regiones adyacentes del Brasil, Uruguay, Bolivia y Norte argentino.¹⁷ Tras tantos años, aquellos experimentos aparecen bajo destellos idealizados. En la práctica, pudo ocurrir lo de siempre: so vaina de oro, cuchillo de plomo. La realidad puede

¹⁴ *Loc. cit.*, p. 366.

¹⁵ A. REYES, *Última Tule*, OC, XI, 58.

¹⁶ A. REYES, *Letras de la Nueva España*, OC, XII, 308. Véase también: *No hay tal lugar*, OC, XI, 364; *Los trabajos y los días*, OC, XI, 275.

¹⁷ A. REYES, *Última Tule*, OC, XI, 59. Sobre las relaciones entre el Imperio Jesuítico y la obra de Moro, véase mi trabajo "More's Utopia and the Jesuit Reductions in Paraguay," *De Paul Studies*, II (1955), 19-30.

deslucir en plomo el oro del idealismo utópico, pero eso no implica que se interrumpa el perfeccionamiento de los rasgos más humanos del hombre a fin de hacer más feliz su estadía en este planeta.

Con la concepción utópica tiene que ver cierto esfuerzo supernacional que los humanistas trataron de llevar a cabo en su siglo. Es una prolongación de su afán de lo universal, un deseo de hermanar el conocimiento cultural con el trato humano por encima de fronteras o barreras políticas. Después de sentirse asociados con los genios más grandes de la antigüedad superando las lejanías del tiempo, es natural que quieran superar las distancias del espacio para asociarse con los ingenios del presente. Erasmo, con sus viajes y comunicaciones, promueve un verdadero movimiento pan-europeo entre los humanistas de su generación, la ilusión de una república de sabios que se enlaza por cierta afinidad selectiva y se ubica por encima de las fragmentarias estructuras políticas. *Prima facie*, parece tratarse de una libre agrupación alitista, una especie de aristocracia intelectual, que se aparta del *profanum vulgus*. Por repulsivo que sea todo intento inspirado en un complejo de superioridad, bien por herencia de la casta o adquisición del mérito, cabe indicar que el propósito de extraterritorialidad intelectual de los humanistas es esencialmente democrático. Su selección no es discriminatoria, pues se cuenta con que la virtud del saber, la *paideia*, ponga al alcance de todos los medios para superarse. Los humanistas presentan en su conjunto los caracteres de una democracia integral, pues abarcan un corte horizontal de toda la sociedad. Salen de las clases humildes, de las clases medias y altas, salen de la nobleza y de la plebe, y en la nueva esencia de lo humano descubren la cohesión y hasta un subconsciente sentido de misión. Recogen el ideal fracasado de la Caballería inspirado en el logro de las virtudes caballerescas merced a la espada, y se proponen de realizarlo con la pluma gracias a la virtud humana. Ese carácter universal del Humanismo pasado es muy cónsono con la personalidad de Alfonso Reyes, quien lo concibe como "la creencia en una posibilidad de acuerdo entre el realismo histórico y las exigencias del espíritu".¹⁸ Es un refinamiento espiritual que tiende a un cosmopolitismo *sui generis*.

El cosmopolitismo es un fenómeno que atrae vivamente el interés de Alfonso Reyes. Al analizarlo, considera una forma de cosmopolitismo exterior, impuesto desde afuera con la fuerza o las presiones: tal es el cosmopolitismo imperial de carácter guerrero, como el romano; de carácter económico, como el yanqui y el fenicio; o de carácter mixto. Pero hay un cosmopolitismo de orientación interior, sin miras a conquistar ni dominar, fundado en un

¹⁸ JEAN CASSOU, "Un verdadero humanista", en *Páginas sobre Alfonso Reyes* (Monterrey: Universidad de Nuevo León, 1955), I, 394.

afinamiento de lo humano. De este cosmopolitismo purificador Alfonso Reyes distingue cuatro variedades claramente identificables en la trayectoria de la civilización; a saber: el cosmopolitismo caballeresco; el humanístico; el filosófico; el romántico. Pasamos por alto los dos últimos tipos por caer fuera de nuestro asunto.

El cosmopolitismo caballeresco está fundado en la herencia cultural de la unidad latina y la universalidad del cristianismo, pero también ofrece el primer asomo de agrupación cultural con los clérigos y letrados de dos distintos niveles: el "mester de juglaría", de índole popular, y el "mester de clerecía", con un aliento más elevado. En la etapa sucesiva triunfa el aspecto cultural, enraizado en lo universal de lo humano como valor, y no en la universalidad de la Iglesia. "El segundo intento de cosmopolitismo sobreviene con el Renacimiento humanístico," afirma el Sabio mexicano, aclarando por grandes brochazos su programa: "El siglo XVI predica el retorno a las dos antigüedades clásicas, aviva el interés por el hombre mismo en cuanto es criatura de la tierra, y nutre un ideal de armonía ya menos asido a la caridad y más afirmado en la cultura." Por eso, sus adalides son verdaderos *intelectuales a nuestro modo*: "¡Ojalá, en otro sentido, nosotros lo fuéramos de ellos!"¹⁹

De tal modo, se viene formando la conciencia laica europea, que en España es tan benéfica como en otros países. En la tensión entre tradicionalistas e innovadores, no sólo se enriquece la cultura española, sino que revela su poder de crear formas originales de arte y pensamiento absorbiendo las savias de otras influencias. Los dos polos del Humanismo mediterráneo se unifican en el eje entre las dos penínsulas latinas, lo cual representa Reyes en un simbolismo cromático: "Y toda una gama de matices y cambiantes entre el amarillo y el azul pudo ser la historia de las relaciones entre ambos pueblos, y sobre todo en la era de sus relaciones más altas, cuando el beso sensual de Italia hacía palpar el seno de Castilla."²⁰ En ese intercambio creador, el filólogo Nebrija adquiere, en el pensamiento alfonsino, una estatura más alta de lo que le merecen sus estudios de varia ciencia: es "el abuelo de los europeizadores de España."²¹ La esencia de ese humanismo mediterráneo se traslada directamente al lado ibérico del Nuevo Mundo. Llega con la visión de la historia por obra de Solís. Llega con el reconocimiento de lo humano en la persona del indio gracias a Bartolomé de las Casas. Llega y brota más tarde con el humanista mexicano Landívar por las influencias de Poliziano, Fracastorio y Pontano: influencias que

¹⁹ A. REYES, *Tentativas y orientaciones*, OC, XI, 191.

²⁰ A. REYES, *Las vísperas de España*, OC, II, 212.

²¹ A. REYES, *Retratos reales e imaginarios*, OC, III, 420.

asoman con cierta frecuencia en los años formativos de la cultura del Virreinato de la Nueva España, atestiguando el humus humanístico en la base del florecimiento cultural de Iberoamérica.²²

La difusión del saber promueve la dialéctica interior de la utopía humanística. Brotada del seno de la mitología religiosa, se acendra como mito literario, que de la esfera del arte tiende a desbordar en los cauces de la realidad humana. Su primer asomo se esboza en la noción de un cosmopolitismo humanista, de carácter culto, pero en seguida se traslada a América, cuyas sociedades indígenas ofrecían el paradigma de organizaciones fundadas en principios justos e igualitarios, y cuyas riquezas, si bien explotadas y bien distribuidas, prometían la redención de la pobreza y los males sociales. De tal modo, las tres vertientes de la utopía humanística —la mítica, la literaria y la cosmopolita— se unifican, gracias a la mediación de Alfonso Reyes, en un contexto que aúna el tiempo y el espacio. Diacrónicamente, se ata la prehistoria a la historia, reconduciendo el mito a las corrientes vivas del anhelo colectivo. Espacialmente, Europa se inserta en la conciencia de América por la integración cultural al mismo tiempo que América se inserta en la conciencia de Europa por la esperanza de llevar a la práctica el atisbo utópico de la imaginación. En esa conjunción, lo ideal hace presión para fijarse en lo real. Es el primer signo de la unidad intercontinental del Occidente, que se realiza bajo el signo de la utopía humanística.

²² Cf. A. REYES, *Pasado inmediato*, OC, XII, 313; *Letras de la Nueva España*, OC, XII, 319, 378-79; *Capítulos de literatura mexicana*, OC, I, 187.